

Despedida a la colega y amiga Mónica Alarcón

Jorge Antonio Mejía Escobar*

*Director del Instituto de Filosofía,
Universidad de Antioquia.

El 20 de enero de 2015 se vinculó como docente al Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia la profesora Mónica Elizabeth Alarcón Dávila. A finales del 2014 me había correspondido hacer parte del comité de selección de la convocatoria correspondiente junto con las profesoras Luz Gloria Cárdenas y Margarita Cepeda, esta última de la Universidad de los Andes, de Bogotá. En dicha convocatoria el resultado del puntaje favoreció finalmente a Mónica y además, en la conversación final del jurado había también la apreciación cualitativa de que era la candidata adecuada para llenar la plaza que estaba vacante.

De nacionalidad ecuatoriana, la profesora Alarcón había comenzado su formación superior en Chile, donde había cursado su Licenciatura en la Pontificia Universidad Católica. Años más tarde había obtenido su título de maestría en Alemania, en la Universidad de Friburgo, con un trabajo sobre la relación entre la danza y la filosofía. Una vez finalizada su maestría, ingresó al programa de doctorado y continuó trabajando sobre la fenomenología de la corporalidad humana hasta culminar y obtener su título de Doctora en Filosofía en 2008.

La elección de la Universidad de Friburgo para sus estudios de posgrado fue una consecuencia de su marcado interés por la filosofía fenomenológica. En dicha universidad había dejado una marca indeleble Edmund Husserl como maestro y consolidador de la fenomenología. Pero había un elemento adicional en la temática elegida por Mónica para sus investigaciones de maestría y doctorado, la presencia de la danza como un elemento central para concretar el análisis de la corporalidad, no solamente como la dotación y encarnación del yo, sino por la relación con el movimiento y con la búsqueda de la armonía en el tránsito por el espacio. Este enfoque no solamente era una adición al núcleo ya estable de la tradición fenomenológica sino

también una apuesta, un riesgo personal, dada la novedad, motivado por el cultivo de la danza que había desarrollado paralelamente a través de los años.

Y con ese bagaje personal desembarcó en Medellín a comienzos de 2015 para empezar su trabajo en nuestra universidad. Desde su llegada al Instituto, Mónica apareció como alguien con gran facilidad para el trato personal y para establecer no solamente relaciones académicas sino de amistad. Por sus intereses en la danza y en el cuerpo desarrolló, además del trabajo en filosofía, actividades con la Facultad de Artes e incluso con otros colectivos de la ciudad interesados en las artes, el yoga y la meditación. La recordamos como una colega muy amable y siempre sonriente, una forma de corporalizar su espíritu pacífico y generoso.

Últimamente había comenzado a trabajar en el proyecto de darle estabilidad a estos colectivos y de vincularlos a corrientes internacionales que se movían en la misma dirección, lo que redundaría en nuevos desarrollos para la Universidad y el Instituto. Lamentablemente, hace justo un año, aparecieron las primeras manifestaciones de una enfermedad que había venido desarrollándose silenciosamente. Tuvo que someterse a una intervención quirúrgica y la asumió con entereza y mucha valentía. Después vino un periodo muy duro de tratamientos con el intento de restablecer su salud. Este año fue doloroso no solamente para ella sino para quienes estábamos interesados en su salud y su bienestar. Encontró un grupo de personas que la rodearon con afecto e interés y cumplieron la función de hacer de familia cercana, dada la lejanía de sus hermanos de sangre. Finalmente apareció la muerte y su cuerpo no pudo resistir más. La despedimos con tristeza, pero también con la satisfacción de haberla conocido, haber recibido sus aportes y haber compartido con ella siempre momentos gratos. Adiós Mónica. Nuestro afecto para su familia y sus hermanos que han venido a esta despedida. ■

